

Léodile Béra ("André Léo")

La guerra social (fragmento)

Reproducimos un fragmento del discurso de Léodile Béra en 1871 ante la Liga de la paz y de la libertad en Lausana. Puede leerse completo en *La guerra social*, Virus editorial. Es una verdadera joya y bien merece ser adquirida, aunque con su generosidad habitual Virus ha puesto a libre disposición el PDF completo.

www.viruseditorial.net/paginas/pdf.php?pdf=la-guerra-social.pdf

Otra joya editorial relacionada con Léodile es *André Léo, del socialismo utópico a la Comuna de París*, Ana Muiña, La linterna sorda, Madrid, 1921.

Hoy en día, ¿qué sordos no oyen los cañones de París y Versalles? ¿Y esos tiroteos en parques, cementerios, en terrenos baldíos y en las aldeas de los alrededores de París? ¿Qué ciegos no han visto, primero durante el día y más tarde por la noche, esas carretas llenas de cadáveres, o a esos cientos de prisioneros, hombres, mujeres y niños, llevados a la muerte bajo el fuego del pelotón o de las ametralladoras? ¿Y esas largas filas de desgraciados, derrotados, desgarrados, a los que se insultaba, se maltrataba, se obligaba a arrodillarse, para vergüenza de la humanidad, en el camino de Versalles? ¿Quién no oye en su corazón, a menos de no tenerlo, el grito de 40.000 personas trasladadas sin juicio, apiladas cuatro o seis meses en los muelles de nuestros puertos?

Para ocultar estos horrores se han utilizado todas las palabras que el idioma pone a disposición de los retóricos para luchar contra la verdad. Siendo tan culpables, han acusado mucho. Mucho han gritado para no dejar escuchar. Durante cuatro meses, sobre todo en los dos primeros, la calumnia ha extendido desbordante todas esas hierbas venenosas que marcan con el sello de la infamia la causa que abrazan. Y otros, amedrentados bajo el terror reinante, han repetido vilmente esas acusaciones y calumnias. Se ha llamado asesinos a los asesinados, ladrones a los robados, verdugos a las víctimas.

Se puede criticar a la Comuna. Más que nadie, deploro y maldigo la ceguera de los hombres que, con su estupidez e incapacidad, han llevado tan bella causa a la derrota. ¡Qué sufrimiento, día a día, verla perecer! Pero hoy ese resentimiento inspira lástima. Desde mayo tengo que hacer un esfuerzo para recordar los errores de la Comuna. Ya no podemos verlos ante el desbordamiento de crímenes que han pasado por encima de ellos. La profusión de infamias que les han seguido les han hecho honorables en comparación.

Permítanme responder a las dudas que probablemente existen sobre este tema en la mente de muchos, comparando lo más sucintamente posible las acciones de ambas partes. Pues, en mi opinión, ustedes tienen que tomar partido ante este terrible drama, que no ha terminado ni terminará en mucho tiempo, ante el que no se puede ser neutral. No pueden ustedes llamarse Liga de la paz y la libertad y permanecer indiferentes ante estas matanzas, ante esta violencia.

¿De qué se acusa a los revolucionarios de París? De saqueos, asesinatos, incendios. El saqueo de las casas de París es una calumnia firmada por Thiers y expandida en miles de ejemplares pagados con el dinero de Francia para engañar a Francia. No hubo saqueos. Admitamos que hubo medidas financieras cuestionables, aunque quizá menos cuestionables que las de Pouyer-Quertier [capitalista algodónero y ministro de Finanzas entre 25/2/1871 y 23/4/1872]. Hubo algunas confiscaciones arbitrarias, pero enseguida fueron sancionadas y reparadas. Durante los dos meses en que París estuvo completamente en manos de los pobres, reinó el orden, el verdadero orden, el que es tanto seguridad como decencia, un orden diferente al orden del lujo, el despotismo y la corrupción, ese orden de Varsovia que actualmente prevalece en París. Los que vivían allí lo saben.

Las excepciones, aquí y allá, han sido escasas. Solo los sacerdotes fueron objeto de persecuciones personales lamentables que no pretendo excusar, digo la verdad y comparo. Algunas personas les hablarán de los peligros que corrieron. Preguntadles bien, porque ¡sufrieron solo sus propios miedos! Decidles que os muestren sus heridas.

En algunos servicios, por culpa de algunos agentes, se ha despilfarrado. ¿Las administraciones monárquicas estaban exentas de ello? Todos los servicios estaban desorganizados y se dispuso de menos de dos meses, con batallas diarias, para recrearlos y poner todo en orden. Ciertamente, quedó mucho por hacer, pero no dispusimos de tiempo para ello. Al menos, reinó un gran ahorro general, una gran simplicidad. En el Ministerio de Educación, en lugar de esta tropa de gente con librea que había seguido allí tras el 4 de septiembre de 1870 [proclamación de la III República francesa], solo quedó una mujer de la limpieza, un empleado de la antecámara y un portero.

Desde entonces, ¿qué ha ocurrido en este París bajo el poder de la gente de orden? Todas las casas han sido registradas y allanadas, de arriba abajo, no una vez, sino

dos, tres y cuatro. Y en esos allanamientos con frecuencia se han cometido robos y pillajes. Conozco muchos casos particulares, pero solo citaré uno generalizado. Todos los fusilados fueron despojados de lo que llevaban, dinero o joyas. Y el dinero, y a menudo las joyas, se distribuyó entre los soldados como prima de asesinato.

Bajo la Comuna no se cometieron asesinatos, salvo la ejecución de algunos espías, siete en total, en los puestos avanzados, algo usual en las guerras. Todo el estrépito que hizo la mayoría de la Comuna, todas esas amenazas, todo el pastiche de 1793, consistía solo en palabras, frases, decretos. Simple pose. La ley de los rehenes no se aplicó, gracias a la minoría y, creo también, a la secreta repugnancia de los imitadores del terror, que a pesar de sí mismos eran parte de su tiempo y de su partido, pues la democracia moderna es humana. La ley de los rehenes no se aplicó hasta el 23 de mayo por la tarde, cuando la autoridad de la Comuna ya no existía de hecho, pues la última reunión fue el 22. Estas ejecuciones se llevaron a cabo por orden exclusiva de Raoul Rigault y de Ferré, dos de las más lamentables personalidades de la Comuna, que hasta entonces no habían cesado, siempre en vano, de reclamar medidas sanguiarias. No obstante, hay que decir que esas represalias no se produjeron hasta que pasaron dos días y dos noches de fusilamientos versalleses, durante los cuales la gente de orden había fusilado a centenares de personas hechas prisioneras en las barricadas: hombres que habían depuesto las armas, mujeres, adolescentes de 15 y 16 años, personas sacadas de sus casas, delatadas, sospechosas. ¿Qué más les daba?, no tenían tiempo para investigar cada caso.

Se mataba en masa y se recurrió, para ir más deprisa, a las ametralladoras. Hay bastantes testigos que escucharon sus fuertes traqueteos en el Luxembourg, donde, sobre las aceras que corren junto a sus verjas, los pies resbalaban sobre la sangre. Y también podemos hablar del cuartel Lobau, en el barrio St. Victor, cerca de la Vilette...

En cuanto a los incendios, queda mucho por investigar. Pero hay tres cosas que pueden decirse con certeza:

- Esos incendios han sido sobredimensionados, exagerados desmesuradamente y utilizados de manera odiosa con propósitos de venganza.

- Varios de los incendios fueron iniciados por los obuses de los asaltantes.

- Las casas quemadas por los federados lo fueron por necesidades de defensa, no con el fantástico proyecto de quemar París que se les imputa. Los soldados versalleses entraron por las casas contiguas a las barricadas y desde ellas disparaban contra los defensores. Por lo tanto, o se quemaban esas casas o había que renunciar a la lucha. En cuanto a la quema de las Tullerías, la prefectura de Policía, el Palacio de Justicia, la Legión de Honor, etc., no se conoce el nombre de los culpables. Cuando recordamos el primer incendio fallido en la Prefectura de Policía, ocurrido el pasado noviembre, cuando pensamos en el interés que tenía esa gente en destruir algunos papeles, cuando pensamos en los agentes de Versalles que llenaban París, o en la inteligencia de las llamas que han respetado en monumentos y colecciones todo aquello cuya pérdida hubiera sido irreparable, cuando pensamos en la dudosa situación jurídica del poder legal ante Francia, que le era hostil y que, si no aprobaba la Comuna, al menos sí reconoció la legitimidad de las reivindicaciones de París, cuando pensamos en el peligro que conllevaba la aplicación del plan de exterminio dictado por una política a lo Médicis, acariciada por un odio implacable, peligro tal que el vencedor podría sucumbir por su victoria, entonces se entiende que solo un gran crimen atribuido a los federados podría excitar la cólera pública y permitir este exterminio y estas venganzas. Y podemos sospechar que tras el incendio de París se esconde uno de los más terribles misterios que la historia tiene aún que penetrar.

La historia de las repúblicas, como la actual República Francesa, se asemeja mucho, por

desgracia, a la de los imperios. No sale a la superficie ni se expone a la luz. Para quien la ha observado bien, desde el 4 de septiembre esta historia es el desarrollo de una conspiración monárquica, inmediatamente formada, y que entra en guerra contra la República al mismo tiempo que los prusianos.

Y esta guerra latente es la principal, pues la otra se convierte en su campo de desarrollo, en su alfombra, y de aquella proviene su resultado. Es bien conocido que los monárquicos, como sus príncipes, nunca tuvieron patria; así les vemos, desde que Francia fue derrotada, arrojándose descaradamente como chacales hambrientos sobre la presa. La primera preocupación de los falsos republicanos del 4 de septiembre no es el enemigo de la nación sino la democracia popular.

Después de todo, Guillermo I de Alemania es un rey; entre los reyes y los conservadores siempre puede alcanzarse un apañío. Lo peor es tener que pagar, pero eso atañe al pueblo. ¡Pero el dominio de tendencias populares! ¡Pero el socialismo! ¡Por dios! ¡Tener al pueblo como amo en vez de gobernarle! ¡Ver en peligro esa dorada ociosidad, conquistada al precio de tantas otras capitulaciones!

Ellos no tienen otro miedo ni otro objeto de preocupación, y por ello sacrificaron a Francia. Para ellos, la República victoriosa, sacando al país del abismo al que había sido arrojado por la monarquía, podría ser el fin del viejo mundo.

París, sobre todo París, les aterroriza. París socialista, París armada, deliberando en sus clubes, en su consejo y autoadministrándose. ¡Liberado el genio al que tuvieron cautivo tanto tiempo, sin dejar de ser peligroso! ¡Qué ejemplo! ¡Qué propaganda! ¡Qué peligro!

Y, además, París es el único lugar donde puede asentarse el trono. Pero el pueblo había ocupado ese lugar, ¡el pueblo en armas! Por lo tanto, era necesario despejar el terreno a cualquier precio.

